
¿POR QUÉ LLORAN LAS MADRES POR SU HIJO MUERTO?

CARLOS SÁNCHEZ ILUNDÁIN

El llanto más genuino, como expresión de dolor, se relaciona siempre con otro, más allá de uno mismo. Ello depende del grado de unión con la otra persona. Se manifiesta de modo particular cuando a alguien se le declara desaparecido o muerto. También el llanto puede ocurrir como expresión de alegría, con la aparición de algo largamente esperado o querido. Así sucede, por ejemplo, con la madre ante el nacimiento de un hijo.

Para esclarecer esta consideración, la exploraremos por medio de una vía que conduce los argumentos del corazón al entendimiento, con el propósito de establecer justicia en la singularidad de la relación entre una madre y su hijo.

Las madres lloran por muchas razones, pero especialmente cuando se relacionan con la muerte de un hijo. Ellas mismas nos proporcionan algunas de las más comunes: “Es como si me hubieran quitado una parte de mí”; “me siento como si me hubieran arrancado el alma”. Conviene notar que tales expresiones no suelen brotar tan a menudo cuando, por ejemplo, muere el esposo, si bien forma con él una unidad indisoluble.

Estas razones provenientes del corazón de una madre, con sus variantes, son normales en las culturas de todos los tiempos. Los medios de comunicación nos han acostumbrado a oír las

cuando nos muestran las imágenes de madres atormentadas por la pérdida de un hijo en los desastres naturales o los causados por la mano del hombre.

Lo que sí resulta más extraño es oír las de la boca paterna. ¿Por qué? Se puede aducir en primer lugar que la cultura enseña a los padres a sorberse las lágrimas y a contener el dolor. Sin embargo, los sondeos al respecto y la experiencia nos muestran que las mujeres tienen más latitud para soportar el dolor. Entonces, ¿por qué no ocurre lo mismo entre las madres frente a la muerte de su hijo?

Se suele invocar como causa que existe una “relación especial” entre la madre y el hijo. El término “especial” no nos saca de la penumbra, pero nos lleva a considerar el origen de la relación. Por ejemplo, “engendrar” un hijo no es lo mismo que “proceder de” o “procrear”. Mientras el engendrar se aplica singularmente a las madres, aunque no exclusivamente, la procedencia y la procreación de un hijo se refieren a ambos, al padre y a la madre.

Engendrar proviene de la voz latina “ingenerare”. Significa inspirar, infundir, formar. Es decir, la madre, de alguna manera, “sopla en” la sustancia primera albergada en su seno y “causa en su ánimo un impulso afectivo”, dándole forma por espacio de nueve meses. La unión umbilical de la madre con el hijo sería entonces solamente un hecho físico manifiesto, indicador de una unión mucho más íntima, esa relación “especial” a la que nos referimos antes.

Por esta razón, cuando un hijo muere, muere con él una parte de la madre y ayuda a entender su conmoción interna expresada en frases aparentemente inexplicables. Si damos un paso más, por ejemplo, cuando se provoca un aborto, éste resulta en algo más que la muerte del hijo. Se da al mismo tiempo la muerte de una parte de la madre.

La madre que aborta, atenta simultáneamente contra su propia vida. Sólo así se entiende por qué, con el paso de los años, este hecho todavía gravita en las cicatrices dejadas en la persona materna, y los psicólogos y psiquiatras dan abundantes testimonios de estos casos. Algo así como les sucede a quienes han sufrido

do una amputación: según afirman, les sigue doliendo o sienten la parte amputada.

Si reflexionamos sobre lo anterior, entenderemos que los padres no suelen llorar cuando dejan a una mujer encinta —alusión desde el siglo VII a las cintas que solían ceñirse las futuras madres— y pierden al hijo durante el embarazo, porque la unión con el hijo es de menor grado que la de la madre y no les queda una marca indeleble. Y así lloran menos, o se duelen de otra manera, cuando muere un hijo en cualquier otra circunstancia de la vida.

Naturalmente, los médicos ocupados en producir un aborto no enseñan a la madre los restos de su hijo. Sería realmente traumático. Por eso las madres no ven a su hijo muerto. Pero ellas saben, aunque no quieran creerlo, que se trataba de su hijo, sin importar la fase de su desarrollo. Y sienten el recuerdo cruel de su hijo muerto grabado en la memoria, quien es una parte de ellas mismas.

Recibido: 06-04-2010
Aprobado: 04-05-2010